



## La inmortalidad del alma

Por el Rabino Moisés Bendahan

En la creación del primer hombre, está escrito: *“Y creó el Eterno, Todopoderoso, al hombre, del polvo de la tierra e insufló en sus narices alma de vida”(Bereshit 2-7) “ y el alma retornará a D-s ya que fue dado por Él”.(koletet 12-7).*

Nuestros Sabios nos enseñan que hay tres etapas la primera es el mundo de las almas y el descenso del alma al mundo físico. La segunda comienza tras la muerte física y la desaparición física del individuo en ésta vida, y su alma retorna al mundo de las almas: Olam Haneshamot. La tercera es el Olam Habá o Mundo venidero, en el cual cuerpo y alma volverán a unirse, sólo que en esta ocasión será para la Eternidad; esto sucederá cuando sea la resurrección de los muertos. Es precisamente en este último mundo que el género humano alcanzará un estado de perfección humano alcanzará un estado de perfección: sin sufrimientos ni enfermedades, sin necesidades corporales ni preocupaciones, gozando del Esplendor del Creador por toda la Eternidad.

De hecho, cada mañana mencionamos estas tres etapas en las bendiciones matutinas que se hallan al principio del Sidur. Cuando decimos: D-s mío, el alma que tu me has dado es pura...Tú tomarás de mí en un futuro, pero me la devolverás en el futuro....(**Bendición Elokai; neshamá senatatabi**).

El hecho de la Eternidad del alma y de la futura resurrección de los muertos es uno de los Trece principios fundamentales de la Torá enumerados por el gran sabio Rambam (Maimónides).

**Bereshit 15-15:** Cuando D-s anunció a Abram (aún antes de ser llamado Abraham) que sus descendientes serían esclavizados en tierra extraña, le dice:“Pero tú te reunirás con tus padres en paz: serás enterrado con buena vejez.” Dándole a entender que él mismo no tendrá que presenciar esa esclavitud. Las palabras “te reunirás con tus padres” indican que Abram está recibiendo la promesa de parte del Creador de que, después de morir, irá donde están sus padres, ya fallecidos. De aquí aprenden nuestros Sabios que el padre de Abram, Téráj, se arrepintió de sus fechorías antes de su muerte y tuvo mérito de estar en el Gan Eden.

**Vayikrá 19-31:** En el texto del Pentateuco figuran de manera explícita algunos de estos personajes, llamados *ob, yideoní* y “aquel que consulta con muertos”. Si la Torá lo prohíbe es porque existe y funciona; por tanto, afirma que el alma sigue con vida en otra Dimensión, pues de lo contrario sería posible consultarla.

**Vayikrá 20-6:** Abigail es una de las siete profetisas que menciona el Talmud en el tratado de Meguilá. Ella dijo a David: ...”pero el alma de mi señor será atada en un mismo haz de vida con el Eterno, tu D-s, mientras que las almas de tus enemigos serían arrojadas, dentro del kaf hakela.” De manera inequívoca hace mención a la inmortalidad del alma.

**Debarim 18-11:** Tras la muerte del profeta Shemuel, el Rey Shaúl tuvo miedo por la inminente guerra de Israel contra los pelishtim, por lo que intentó comunicarse con el alma del fallecido profeta, para saber lo que iba a ocurrirle tanto a él como al pueblo. Está escrito claramente (en el



libro de Shemuel Alef) que Shaúl acudió a una mujer que sabía invocar almas (el versículo la llama *baalat ob*) para hablar con Shemuel. Ella logró ver al profeta y describió al Rey cómo lo veía. El Rey no pudo verlo, pero si oyó su voz y pudo hablar con él. Finalmente Shemuel le comunicó que *D-s ha entregado al pueblo de Israel junto contigo en manos de los pelishtim, y para mañana tú y tus hijos estarán conmigo...*, lo cual se cumplió al pie de la letra (**Shemuel I, Cap. 28**).

El profeta Yeshayá dice en una de sus hermosas profecías: *“¡Vivirán Tus muertos, con los cadáveres se levantarán.! Despierten y canten los que habitan en el polvo... y la tierra arrojará a los muertos.”* (**Isaías 26-19**).

Por último, una cita más, del libro de Daniel. *“ Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra despertarán: los unos para la vida eterna, y los otros para deshonra...y los que enseñan el camino justo a las multitudes alumbrarán como las estrellas por toda la eternidad.”* (**Daniel 12-2, 3**).

“Rab Yosef, hijo de Rabí Yehosúa ben Leví, enfermó y murió. Cundo volvió de la muerte, su padre le preguntó qué había visto, a lo que él contestó: He visto un mundo al revés, los que aquí están arriba allá se encuentran abajo y viceversa. Su padre le dijo: Un mundo claro es el que has visto, hijo mío. Y dime, nosotros los talmide jajamim (estudiosos de la Torá), ¿cómo estamos considerados allá?” Rab Yosef le contestó: Así como son importantes acá lo son también allá; y escuché decir: Dichoso el que llega aquí con su estudio de Torá en la mano...” (**Pesajim 50-a**).

La doctora Elisabeth Kübler-Ross, autora de varios libros acerca de las experiencias con pacientes desahuciados y gente que ha tenido muerte clínica: *“Hoy se puede afirmar que no sólo creemos sino sabemos que existe vida después de la muerte física; de lo contrario, ¿cómo explicarse las similitudes entre los relatos de personas de tan diversa ideología?”*. Uno de los asombrosos casos que le tocó presenciar es el de una paciente que, después de haber resucitado de un lapso de muerte clínica, describió con lujo de detalles todo lo que había en la habitación del hospital en que se encontraba, ¡a pesar de que padecía ceguera de nacimiento!

El doctor Raymond A. Moody en su obra *Vida después de la Vida; escribe “Un hombre estaba muriéndose y, cuando llegó al punto de mayor agotamiento o dolor físico, oyó que los doctores lo declaran muerto, comienza a escuchar un ruido o unas notas musicales, en un tono que no existe en este mundo, y al mismo tiempo siente que se mueve rápidamente por un túnel largo y oscuro. Se encuentra de repente fuera de su cuerpo físico, pero todavía en el entorno inmediato, viendo su cuerpo desde fuera, como un espectador. Se empieza a acostumbrar a su nueva situación y se da cuenta de que sigue teniendo un “cuerpo”, aunque de diferente naturaleza y con poderes distintos del cuerpo físico que ha dejado atrás. Empieza ocurrir algo: otros vienen a recibirlo y ayudarlo. Ve los espíritus de parientes y amigos que ya habían muerto. Aparece ante él un espíritu amoroso y cordial que nunca antes había visto: un “ser luminoso”, quien le pide que evalúe su vida, y le muestra una panorámica instantánea de los acontecimientos más importantes. En determinado momento se encuentra una especie de barrera o frontera que parece representar el límite entre la vida terrenal y la otra. Descubre que debe regresar a la tierra ,ya que el momento de su muerte no ha llegado todavía”*.



En cuanto al encuentro con parientes que han fallecido, menciona el *Zohar Hakadosh*, que después de la muerte de la persona obtiene permiso para ver lo que en vida no puede... *su padre y sus parientes se encuentran allí con él y acompañan al alma hasta el lugar que le corresponderá*. Sobre la evaluación de su vida, es conocido lo que está escrito: *al fallecer la persona, vienen delante de él todas sus acciones para que las reconozca*. (**Zohar Bereshit 218-3**).

*“MILAGRO DE LA MEDICINA: VOLVIÓ A LA VIDA DESPUÉS DE DOS DÍAS DE MUERTE CLÍNICA.....”*

Yehudá Kliger, electricista de 43 años de edad, recibió una fuerte descarga eléctrica de un cable de alta tensión, mientras se encontraba trabajando en la instalación eléctrica de una compañía en Petaj Tikva, Israel. Fue trasladado en una ambulancia de terapia intensiva al hospital Hasharón, en la cual el doctor Janus Vitray y los paramédicos Baruj Weiss, Itzjak Gabrieli y Dany Sharir se esforzaron por reanimarlo, logrando devolverle algunos signos vitales. Kliger ingresó a la unidad de terapia intensiva del hospital en estado de muerte clínica. Ante la sorpresa de los médicos, después de dos días finalmente empezó a mostrar signos de vida y, cuando volvió en sí, no había perdido la memoria: pudo reconocer a sus parientes. (Reportaje del diario *Maaarib*, 27/7/90).

El caso que presento a continuación adquirió fama mundial mediante los casetes y videos del Rab Amnon Itzjak. Se trata del caso de Avi Jaghani, llamado por la prensa “el muerto viviente”, tal como lo cuenta él mismo: Era un muchacho que tenía ciertos problemas con la ley, al grado que me acosaba la policía constantemente. Mi esposa me decía que ya no aguantaba la presión. Llegué a pensar en el divorcio. Me daba cuenta que estaba por el camino incorrecto y me decía: ‘algún día retornaré hacia D-s’, pues era consciente de que a Él no lo podía engañar.

Vivía con mi esposa y mis hijos en Petaj Tikva (Israel), aunque originalmente soy de Pardés Katz. Una noche, estando allí (en Pardés Katz), cuando me disponía a regresar a casa, el coche se me descompuso y me tuve que quedar a dormir en casa de un amigo. Lo extraño fue que al día siguiente el coche arrancó a la primera, como si nada. Antes de dirigirme a Petaj Tikva, le pedí a mi amigo que me acompañaba, que pasáramos por casa de mis padres, ya que tenía deseos de recoger mis tefilín para volver a ponérmelos a diario. Lo que no sabía era que mi atacante me esperaba en las escaleras. Subí a la casa de mis padres, bajé con los tefilín y no pasó nada. Cuando subí por segunda vez, al bajar por las escaleras me ataca un individuo por la espalda. Después de varias puñaladas, tres de ellas en el corazón, al ver el sujeto que yo no caía, pero que me estaba desangrando, huyó. Intenté subir a casa de mis padres, escapar de mi situación, pero ya estaba muy débil. Intenté tapar con mi dedo la herida en el pecho, pero sobra decir que fue inútil.

De pronto me oí gritar “¡Papá!” con todas mis fuerzas, y comencé a sentir que salía de mi cuerpo. Me estaba elevando. Primero sentí que mi alma, que hasta entonces llenaba todo mi cuerpo, estaba subiendo desde los pies a la cabeza. Al llegar a la garganta, me quedé sin aire. Salí por mi cabeza y pude ver mi cuerpo, sólo que desde arriba. No puedo explicarlo, pero sentía como si tuviera un cuerpo similar al mío, sólo que espiritual y sin ropa. Mi amigo me llevó en el coche al hospital Belinson. Vi todo el trayecto desde arriba, a pesar de que veía mi cuerpo totalmente inconsciente en el auto. En el hospital, justo cuando yo iba llegando, salía uno de los mejores cirujanos del país, que vino (de “casualidad”) a visitar a su suegra que se encontraba internada allí. Sin preámbulos, examinó la herida en el corazón e indicó a los camilleros que me subieran, de



inmediato, a cirugía. Él se quedó para dirigir la operación. Yo veía todo. Tuve la intención de decirle “¡Ey, doctor! Aquí estoy y no tengo nada”, pero no podía hablar con él. Oí que los médicos afirmaban que no tenía pulso ni otros signos vitales.

Yo no sentía ningún dolor. Me embargaba un sentimiento de bienestar absoluto. Vi pasar mi vida delante de mí; vi a mi esposa, a mis hijos. Los médicos lo intentaron todo, pero de nada sirvió. Mientras me encontraba flotando en el techo de la habitación, llegó por mi lado derecho un ruido espantoso, sobrenatural.

Después, por el izquierdo, otro más, luego por delante y por detrás. Era un zumbido estrepitoso, diferente de cualquier sonido que haya oído en vida. Comencé a sentir mucho miedo, sentí como si algo estuviera a punto de devorarme. Según mi entendimiento, estaba por pagar todas mis fechorías y deseaba tener una segunda oportunidad para enmendarme. Debajo de mí, “algo” empezó a emitir quejidos de manera espeluznante, tan fuerte que opacó por completo los ruidos anteriores. Estaba llorando de miedo cuando escuché una voz que me decía: “¡Abraham, Abraham!, ¿Regresarías en *Teshubá*?” Alcancé a contestar que sí. La voz me pidió que lo prometiera y yo dije: “Lo prometo”. Me sentí avergonzado por todos y cada uno de mis actos negativos. Los ruidos se esfumaron y volví a entrar en mi cuerpo por las fosas nasales. Los doctores ya me habían declarado muerto mucho tiempo antes. No podría calcular cuánto tiempo transcurrió, ya que en mi “otra realidad” no existía el tiempo. Mi corazón empezó a latir y los médicos me sometieron a una operación de siete horas. De ahí, a terapia intensiva. El jefe del equipo médico, el profesor Morris Levy, dijo a mis familiares que si lograba sobrevivir sería un milagro, pero lo que era seguro es que habría daño cerebral, pérdida total de la memoria, etc.

Cuando desperté, dos días después, respondí correctamente a todo lo que me preguntaron. Recordaba todo, ante la sorpresa de los doctores. Le conté todo el trayecto al amigo que me trajo al hospital: cómo se pasó el semáforo en luz roja, cómo se metió en sentido contrario, etc. Nadie lo podía creer, pero para mí quedó más claro que el agua que existe vida después de la muerte. Hay un juicio y hay un Juez. Soy muy afortunado por haber recibido una segunda oportunidad. Hoy sé a quién iba dirigido el grito de “Papá”, a un Padre Celestial.

### Comunicándose con los muertos

Hagamos primero la aclaración de que todo tipo de métodos para invocar el alma de personas que han fallecido, ya sea través de *médiums* o de la tabla *ouija*, están estrictamente prohibidos por la Torá.

Lo que sí se puede hacer es *tefilá* (oración) para que esa alma venga en el sueño a decirle cómo está y esperar que su petición se cumpla. Pero nunca jugar a la *ouija* o acudir a sesiones espiritistas, ni nada por el estilo.

Onkelós, hijo de Kelonikos, era hijo de la hermana de Tito (Flaminio) y tenía deseos de convertirse al judaísmo. Invocó el alma de Tito –quien ya había muerto– por medio de brujería y le consultó si debía unirse al pueblo de Israel. Tito le dijo que las leyes judías son muchas y no podría cumplirlas;



“mejor provócales dificultades, pues así serás un gran líder, como está escrito...”. De igual modo invocó el alma del malvado Bil’am y la de un famoso perverso. No sólo pudo hablar con ellos, sino que también vio de qué manera estaban siendo castigados en el mundo de las almas.

En algunos países, le llaman *Seance*, palabra de origen francés “sesión espiritista”.

La Torá nos prohíbe categóricamente utilizar cada uno de estos métodos, incluso con la pena de muerte en el Bet Din (Tribunal rabínico en tiempo del Templo) para el que los usa.

Lo que es verdaderamente interesante, es que en *Shabat* no se da esta comunicación con espíritus, como cuenta la *Guemará* acerca de un romano llamado Turnus Rufus, que le preguntó al gran Rabí Akiba cómo estamos tan seguros los judíos de que el día de *Shabat* es el sábado y no nos hemos confundido a través de los años. El sabio le respondió, entre otras cosas, que en ese día, las sesiones espiritistas a través del *ob* no funcionan. (Ahí mismo se explica que no se refería a todo tipo de métodos) **(Sanhedrín 65-b)**.

Otro caso que se hizo famoso en Israel es el del soldado Rami Levy. Yo lo escuché contado por él mismo, en un casete. Por ser muy largo y con muchos detalles he tratado de resumirlo:

*“Me encontraba con mi batallón en el campamento, cuando noté que aún había luz en el comedor, a pesar de que era de madrugada. Decidí ir a ver de qué se trataba. Vi a un pequeño grupo de soldados que estaban sentados en la mesa, utilizando solamente la luz de una vela, muy interesados en lo que hacía uno de ellos: tenía las puntas de los dedos sobre una especie de triángulo de plástico colocado sobre una tabla con letras y números. Les pregunté en voz alta qué hacían –por ser yo el oficial superior-, a lo que me respondieron que, por favor, bajara la voz, porque se estaban comunicando con el alma de un fallecido. Como yo no creía en esas patrañas –de hecho, ni siquiera creía en que existiera tal cosa como “el alma” (recibí una educación totalmente laica)-, les dije que se dejaran de tonterías y que se fueran a dormir. Ellos me insistieron en que me quedara a observar, para que me convenciera por mis propios ojos. No recuerdo bien lo que preguntaban al muerto ni lo que éste les contestó, ya que mi mente no estaba dispuesta a aceptar el hecho de que se pudiera hablar con un difunto. Los muertos están muertos y no hablan, me decía internamente. Los soldados me retaron a que fuera yo quien solicitara la presencia del siguiente espíritu. Les dije que no, no creía en todo ese cuento, pero que era verdad invitaran al alma de mi mejor amigo, que había fallecido poco tiempo atrás en una operación secreta en Líbano. Después de un rato de llamarlo por su nombre el triángulo empezó a moverse. Me dijeron que estaba allí y que yo podía preguntar lo que quisiera. Mi reacción fue muy violenta. “Se están metiendo con el recuerdo de mi compañero, por lo que, si me están mintiendo o gastando una broma, voy a hacer que los juzguen en una corte militar”, les increpé. Me juraron que no se trataba de una broma, y me volvieron a pedir que preguntara cualquier cosa. Me puse serio e hice una serie de preguntas acerca de cosas que solo mi finado amigo y yo conocíamos. Experiencias que vivimos juntos, secretos que compartimos, detalles que sólo él podría conocer. Yo pensé que aquí terminaría la broma, pero, para mi sorpresa, recibí respuestas precisas para cada una de mis preguntas. Estaba poniéndome muy nervioso. ¿Significaba esto, acaso, que sí existe el alma, la vida eterna? Le preguntamos cómo estaba. Nos dijo que estaba siendo castigado por sus pecados, y que le faltaba varios años más en ese estado, antes de pasar a juicio. Que se encontraba en un sitio llamado kaf hakela, algo así como el limbo,*





*que cargaba con algunos pecados graves y que por eso su alma no podía descansar. Nos pidió encarecidamente que alguien recitara kadish por su alma, que eso le ayudaría mucho. También nos pidió que lo dejáramos ir, puesto que la sesión lo perturbaba más y lo hacía sufrir. Para terminar, nos dio una lista de doce compañeros que morirían en la próxima guerra, la misma que comenzaría seis meses más adelante. Mi nombre figuraba entre ellos...*

Finalmente, comenzó la guerra en el Líbano. Ninguno de esos once compañeros logró sobrevivir.

Según la gran mayoría de los Jajamim de todas las épocas, la reencarnación es un hecho. El Arí Zal Hakadosh, gran sabio y kabalista, afirmó hace casi 45 años que la mayoría de las personas que habitan el mundo ha estado aquí anteriormente, sólo que con otro cuerpo.

Existen tres tipos de *guilgulim*. El primero de ellos es la reencarnación del alma que regresa a la vida terrestre con el fin de purificarse por sus pecados. Puede ser total o parcial. El segundo es el “secreto” que hay detrás del *yibum*, *mitzvá* que se menciona en la Torá acerca del hombre que muere sin dejar hijos, ordenando al hermano de éste a desposar a la viuda (su cuñada) y mantener el nombre de su hermano que falleció. Según la Kabalá, el alma del difunto hermano regresará en el primer hijo que tenga esta pareja. El tercer tipo es el *ibur*, que significa que el alma de un tzadik puede “entrar” en el cuerpo de un vivo para ayudarlo a servir a D-s. de esta manera, lo acompaña a la hora de hacer mitzvot, de estudiar Torá o de hacer buenos actos, pero cuando esa persona se dispone a hacer algo malo, se sale. (No se confunda este último con el *dibbuk*, del cual hablaremos en el capítulo siguiente.).

A través de la reencarnación podemos entender varios de los misterios de este mundo: constantemente nos preguntamos ¿por qué hay gente buena que le va mal y gente mala que le va bien?. Con el *guilgul* yo no hay pregunta. Quizá esta persona buena esté pagando por algo que hizo en su vida anterior, lo contrario que el malvado, quien tal vez esté siendo beneficiado por lo bueno que hizo. De esta forma explican la causa de los sufrimientos de Iyob, diciendo que tenía el alma de Téráj, el padre de Abraham. Innumerables ejemplos de eso nos dio el Ari Zal, al revelar las vidas anteriores de muchos personajes importantes.

La muerte prematura de menores de edad es otro de los grandes enigmas del mundo. ¿Cómo es posible que el D-s piadoso y bondadoso que dirige el universo arranque de la vida a niños y bebés inocentes? De nuevo, el fenómeno de la reencarnación lo aclara: puede tratarse (aunque nadie podría asegurarlo) de un alma que tenía que venir al mundo a cumplir una mitzvá específica, completar algo que le faltó en su vida anterior o pagar por algún pecado que quedó sin castigo. Finalmente, exigir cuentas es prerrogativa exclusiva del Todopoderoso, pero las posibilidades son muchas si se toma en cuenta el *guilgul*.

Escuché hace algunos años algo que me impactó mucho. Se trataba de un doctor que fue a hacer regresiones a gente de Somalia. Varios de los que estaban por morir de hambre, entre sufrimientos y carencias indescriptibles, al llegar a la parte de la regresión en que recordaban su vida anterior, empezaron a hablar en alemán! Sí, según este médico declararon haber sido oficiales nazis durante la Segunda Guerra Mundial, y hasta fueron capaces de proporcionar su número de batallón y demás datos. Sobra decir que ellos no hablan una sola palabra de alemán en esta vida.



El siguiente caso de la India es un excelente ejemplo, de lo que puede hacer la reencarnación en manos de la justicia:

El 28 de agosto de 1983, a las 17h. fue asesinado Zursh Virma, de un tiro en la cabeza. El asesino huyó. Cuatro meses después nació Tito Singh, en la misma ciudad. Cuando Tito cumplió seis años de edad le relató a sus padres: “En mi vida anterior tenía yo una tienda de aparatos electrónicos, en el centro. Recuerdo que, una tarde, al salir de mi tienda me atacaron dos hombres. Uno de ellos me dio un balazo en la cabeza, causándome la muerte. Eran las 17:45 de la tarde. ¡El asesino es el comerciante Sedik Yuhadián!”.

Los sorprendidos padres llevaron a Tito con el renombrado doctor Chatda, quien mandó hacer unas radiografías de la cabeza del niño. En ellas se podía ver una sombra muy extraña, como si el niño hubiera tenido una herida o una cirugía. Los padres dijeron al médico que Tito nunca tuvo nada de eso.

El doctor pidió a las autoridades —que ya habían comenzado una investigación del caso- exhumar el cadáver de Zursh Virma, para examinarlo. Cuando descubrieron que la trayectoria de la bala en el cráneo de Virma era idéntica a la que mostraban las radiografías del niño, se quedaron atónitos.

El hecho no tardó en llegar a oídos de la prensa nacional y, poco después, a la de otros países. Para entonces, entrevistaron a Tito con la viuda de Virma. El niño le contó con detalle como pasaron un día en el campo, en el que él le regaló una caja de chocolates. La mujer estaba sorprendida: sólo ella y su difunto esposo sabían de ese día de campo.

Ante la presión de la prensa y de la opinión pública, la policía detuvo a Sedik Yuhadián para someterlo a un interrogatorio. Al poco tiempo, el asesino no aguantó más y confesó su crimen. Hoy se encuentra cumpliendo una larga condena en la cárcel! (Publicado por la Agencia de noticias en Nueva Delhi).

El fenómeno *dibuk* (posesión) y cómo sacarlo del cuerpo (*hotzaat dibuk* o exorcismo) no es algo nuevo. Afortunadamente, no es tan común como la reencarnación. La persona (víctima de un *dibuk*) padece desmayos, lagunas mentales prolongadas y/o ataques que convulsionan todo su cuerpo; cuando el *dibuk* habla, lo hace con una voz distinta de la de la persona (a veces del sexo opuesto o, incluso, en otro idioma); parece como si le movieran la lengua, igual que a una marioneta; le piden que salga y que jure nunca volver a entrar en una persona; le exigen que apague una vela o que rompa una ventana para demostrar que efectivamente salió, entre otras similitudes.

El siguiente hecho aconteció en Tzfat (Safed), Israel, y cuenta con el testimonio (firmado) de grandes Rabinos de la época.

Corría en mes de Adar *rishón* del año 5331 (principios de 1571) cuando una mujer de Tzfat mostró signos de tener un *dibuk*. Sus parientes mandaron traer a dos hombres que sabían juramentar almas, quienes, después de intentar varias cosas, consiguieron que una extraña voz (como un rugido de un león) saliera del interior de la mujer. Sus labios no se movieron en absoluto. Exigieron a la voz —recitando diversos versículos— que no emitiera sólo quejidos sino que mencionara su



nombre. Dijo su nombre completo, la ciudad en que vivía y los nombres de las tres esposas que tuvo en vida. Mencionó también que su tercera esposa (ahora su viuda) se había casado de nuevo con otro hombre y dijo el nombre de éste. En poco tiempo, todos estos datos pudieron verificarse.

Existen muchos testimonios de sucesos de dibuk. En algunos casos, curar a la persona que tenía el *dibuk* fue relativamente sencillo. En otros, tardaron varios años de angustia y de largos episodios de no saber lo que les estaba pasando.

Debemos ser muy escrupulosos antes de creer en todos los relatos que oímos. Seamos escépticos; de ninguna manera basemos nuestra fe en este tipo de hechos. Aumentaremos en oraciones profundas y sinceras, de todo corazón, para que D-s mantenga lejos de nosotros todas esas cosas. Iluminemos el camino de nuestra vida con la luz del estudio de la sagrada Torá y nunca recurramos al uno de la *Kabalá Maasit* (práctica) como solución a nuestros problemas. Hay muchos charlatanes entre los que se hacen llamar “kabalistas” y ofrecen “bendiciones”, adivinación del futuro y amuletos.

El testimonio que tenemos a continuación es uno de los que, en lo personal, me han impresionado más.

En la ciudad de Presburg vivía una piadosa mujer que tenía la buena costumbre de donar parte de su dinero a la yeshibá local. Ella solicitó al dirigente de la yeshibá que, por favor, dijeran Kadish por las almas de las personas que no tenían quién recitara por ellos ese importante rezo. Así lo hicieron.

Después de un tiempo, el esposo de la mujer falleció. La situación financiera de la familia comenzó a deteriorarse, al grado que declararon su negocio en bancarrota. La viuda, junto con sus dos hijas, quedó desamparada: prácticamente en la miseria. Además de su nueva situación, le preocupaba el hecho de que la mitzvá que se hacía gracias a sus donativos se dejara de llevar a cabo.

Fue a ver al Jajam de la yeshibá para pedirle que continuaran diciendo kadish por aquellas almas, con el compromiso por parte de ella de que, en el momento en que D-s volviera a mandarle el medio, ella donaría la cantidad acostumbrada. En su confianza absoluta en D-s, le dijo que fueran anotándole esa cantidad como deuda con la yeshibá. La petición de la mujer conmovió a los directores del lugar y le aseguraron que se encargarían de que se continuara con la buena acción de decir kadish.

A su salida de la yeshibá, la mujer se encontró en la calle a un anciano de rostro apacible. Su blanca barba y la mirada bondadosa en sus ojos le inspiraron confianza. Él la saludó como si la conociera de toda la vida y le dijo:

- Escuché que tu situación no es la de antes. ¿Cómo estás?
- *Baruj Hashem*, bien. Sólo que un poco preocupada por mis hijas. Ya están en edad de casarse, pero no tengo con qué apoyarlas para que se casen con un estudioso de la Torá.
- Dime, buena mujer, ¿cuánto dinero se necesita en estos días para casarlas y darles en buena dote?





La viuda, que estaba un poco consternada con el inesperado encuentro, dijo una cantidad aproximada con la cual cubriría todos los gastos.

- Permíteme ayudarte. Entremos a la yeshibá para redactar un documento por esta cantidad. Mañana podrás acudir al banco para hacerlo en efectivo.

La señora no daba crédito a lo que estaba oyendo; ¿por qué razón un extraño iba a regalarle semejante cantidad?

- Vamos – le dijo el anciano-, pediremos a dos de los estudiantes que firmen como testigos, para dar validez al documento.

Entraron al edificio. El anciano anotó en una hoja de papel que era su voluntad que entregara a la viuda esa suma y firmaron dos estudiantes.

Al otro día, se presentó en el banco a cobrar su comprobante. Cuando llevaron el papel al gerente, se puso pálido y se desmayó. Al volver en sí, pidió que hicieran pasar a la portadora a su oficina y le preguntó:

- ¿Quién entregó a usted este documento?

- Mire, un anciano me lo dio ayer por la tarde, pero si se trata de una broma o un error, créame que yo no tengo nada que ver.

- Si le muestro una fotografía del señor, ¿podría reconocerlo?

- Por supuesto. Le digo que fue apenas ayer.

El gerente sacó de su cajón una fotografía de su difunto padre, fundador del banco, y se la mostró.

- Es él, estoy segura. Es más, hay dos muchachos que lo vieron escribir la carta y firmaron como testigos.

El gerente estaba atónito. Ordenó que pagaran a la mujer la cantidad indicada y le contó:

- Sepa usted, señora, que el anciano que escribió y firmó este papel es mi padre. Él falleció hace algunos años. Anoche vino en mi sueño y me dijo que he sido un mal hijo: nunca dije el kadish por su alma. De hecho, he abandonado el judaísmo por completo. También me dijo que hoy vendría una mujer al banco para cobrar una fuerte suma de dinero; me ordenó que se la entregase, ya que, gracias a usted, en la yeshibá dicen kadish por almas como la suya (que no tiene quién lo digan por ellas), y que eso lo ayudó a elevarse en el Mundo de las almas. Primero me dije: “Es sólo un sueño”, a pesar de que lo soñé dos veces. Pero ahora que veo la firma de mi padre, estoy convencido de que es verdad.

Esta historia la contó uno de los dos testigos del documento: el gran Rabí Yosef Jayim Zonenfeld, *ztz”l*, rabino principal de la ciudad santa de Jerusalem a principios del siglo pasado. El otro testigo



fue el eminente Rabí Yehudá Grinwald. Ambos atestiguan, además, que el gerente regresó en teshubá, retomando la senda del judaísmo y que al lado de su esposa formó una casa digna dentro del pueblo de Israel.

Como el lector puede constatar, hemos sido muy selectivos a la hora de escoger los relatos. Por alguna razón un permiso especial para personificarse y acudir a este mundo a hacer algo que tienen pendiente y que es importante para ellos o para alguien más.

### Consuelo y esperanza

*“Hamakom yenajem etjem...”* (“Que D-s consuele a ustedes”):

En muchas comunidades judías es costumbre decir estas tres palabras cuando se ha ido a visitar una casa de duelo. Llama la atención que aquí se está utilizando el término *Hamakom*, que textualmente significa “el lugar”, y es una de las diversas maneras que hay para referirnos a D-s, en vez de decir *Hashem*.

Aunque llamar a D-s “el Lugar”, indica que Su presencia llena todo lugar en el universo, y no es ésta la única ocasión en que Lo llamemos así, podemos explicar (como lo hizo un gran Jajam) que, al tratarse de mandar consuelo para los deudos, tiene un significado más profundo. El lugar en que se encuentras el alma del ser querido que falleció es lo único que puede servir como consuelo a los que están de luto por su muerte. Es decir, saber que esa persona sigue viva, sólo que en otro sitio, es el mejor consuelo para ellos.

Como dice el estudio de la Torá en una carta dirigida a una familia que estaba de luto:

Si pudiéramos ver el lugar al que llegó el difunto, de bendita memoria; si fuera posible recibir cartas y fotografías de parte de él, contándonos sus experiencias en la vida que sigue a la muerte, estaríamos más tranquilos. No tendríamos la menor duda de que está inundado de un sentimiento de alegría plena y de total tranquilidad. De que está gozando de la Luz del Eterno.

Sabríamos que está tan contento que no quisiera regresar a esta vida, aunque le fuera posible hacerlo.

En la Torá está escrito: *Ustedes son hijos del Eterno, su D-s, no se harán heridas ni se arrancarán cabello* (“calvicie entre los ojos”) *a causa de un muerto. (Debarim 14-1).*

*Or Hajayim Hakadosh nos explica:*

La muerte del individuo no es la desaparición de éste. Se puede comparar con un padre que mandó a su hijo a trabajar a otra ciudad. Después de un tiempo, lo manda llamar para que regrese a su sitio de origen. La ausencia del hijo de aquel lugar en que se encontraba trabajando no representa, de ninguna manera, su aniquilación. Al contrario, es positivo para él volver al lado de su padre, al origen de su vida. Por eso no debemos provocarnos heridas al perder a un ser querido.

Algo parecido dice el *Zohar Hakadosh*:



El Creado, bendito es Su nombre, Rey de todo el Universo, mandó a la persona a este mundo para que se ocupe de la Torá y haga mitzvot. Cuando llega el momento de su partida del mundo, sus parientes y amigos lloran al tener que separarse de él. Vino un Sabio (*Moshé Rabenu*) y dijo: “*¡Ustedes son hijos del Eterno, su D-s! Poseen un alma celestial, que es una ‘parte’ del Todopoderoso... por lo tanto, no se harán heridas... ya que ello demostraría que no tienen fe en la eternidad de ese alma. Es como si creyeran que el muerto se perdió totalmente y no tendrá parte en el Mundo Venidero*”.

Dicen nuestros Sabios del Talmud (**Moed Katan 27-b**):

No deben llorar demasiado por el muerto ni sufrir por él más de la cuenta. Tres días para el llanto; siete para las lamentaciones; y treinta para cortarse el cabello. Después de esto, dice D-s: “Ustedes no pueden apiadarse por él más que Yo”.

Es obvio que el sentimiento nos lleva a estar tristes ante la pérdida de un ser querido. De hecho, es bueno exteriorizar el dolor a través del llanto y desahogarse. Pero es importante saber que el luto, en el judaísmo, se debe al respeto que debe mostrarse hacia el fallecido. Ello tiene un límite. Debemos seguir adelante con la vida teniendo la seguridad de que el alma del que murió sigue existiendo. Más aún, tarde o temprano nos reuniremos con él. Lo que sí podemos -y debemos- hacer es ayudar a esa alma a subir de nivel a través de las mitzvot que hagamos en su honor, no sólo con el kadish (que es de gran utilidad para el difunto), sino con el estudio de nuestra sagrada Torá y con la observancia de sus mitzvot en aras de la elevación de su alma (leiluit nishmat) especialmente tratándose de los hijos (e hijas, por supuesto) del fallecido.

Si bien es cierto que el consuelo toma tiempo y sería imposible pretender que la calma llegue de un día para otro, si tratamos de enfocar nuestra mente en la idea de que hay un Juez que sabe lo que hace y por qué lo hace, ello puede ayudarnos a empezar con el alivio. Aunque el golpe sea fuerte, si estamos conscientes de que lo asestó un Padre piadoso y bondadoso, se acepta, a pesar de no poder entenderlo.

Algunas palabras de consuelo que fueron escritas por grandes Sabios pueden guiarnos por el difícil camino de la recuperación:

“Todo lo que hace D-s, lo hace para bien”.

Aunque es difícil entenderlo, puede ser fácil sentirlo. Todo lo que debemos hacer es saber que somos hijos de D-s; los hijos confían en sus padres, pues saben que éstos buscan su bienestar. Así como los pequeños en muchas ocasiones no entienden lo que sus padres hacen con ellos, pero saben que los aman. Lo mismo pasa con nosotros.

Si aceptamos el dictamen del Eterno con amor, superaremos la prueba que Él nos ha puesto y seremos acreedores por ello a todo lo bueno, eternamente.